

ASISTIMOS A LA PARADOJA DE UN PUEBLO
EMPOBRECIDO POR LA RIQUEZA PETROLERA

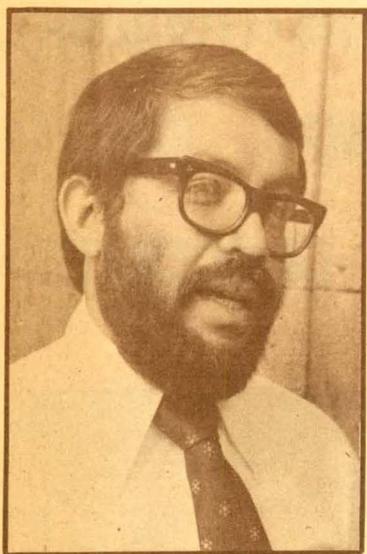


Los mexicanos jugadores abundan en Las Vegas.

Derroches de Nuevos Ricos

23 de Noviembre. 1978.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



La banda que secuestró, entre otras personas, a la señora Brianda Domecq de Rodríguez, seleccionaba a sus presuntas víctimas entre los protagonistas de las páginas de sociales de los diarios capitalinos. Uno esperaría que, presas de sano temor, ante un aviso como éste se redujera la ostentación visible en las planas de colorines de los diarios. Pero qué va...

Por lo contrario, esas secciones de los periódicos siguen siendo insultante escaparate de las vanidades más estériles. Desde Las Vegas, en *El Universal*, Pablo Palomino informa: "Aquí hay más mexicanos jugando que en una población pequeña del centro hay habitantes.

Dice un ejecutivo del MGM, un gigantesco hotel de los más nuevos de este lugar: 'A los mexicanos no les afectó la devaluación. Ahora juegan más que nunca y no se preocupan por nada. Lo mismo en las mesas de ruleta que en las tiendas locales, sus gastos son fuertes'. Y con arreglo a lo anterior —concluye con aparente inocencia Palomino— ¿por qué no se autoriza de una vez por todas el juego en México? ¿No es mejor que se juegue en México a que se juegue en el extranjero?"

El mismo ejemplar del diario nos ofrece otras señales concordantes: cerca de ochenta mil mexicanos viajaron a España en 1978. Y como los turistas mexicanos en el extranjero suelen poner en práctica la jocosa recomendación que le he oído a mi compadre Simón Montúfar: "¡Qué no se note la pobreza!", la balanza turística se desequilibra en nuestro perjuicio: El presidente de la República informó el 1º de septiembre pasado que el gasto de los viajeros mexicanos subió casi cuarenta por ciento en el primer semestre de este año, en comparación con el mismo lapso del año anterior.

(Seríamos injustos si no señaláramos que no todo es negativo en las páginas de sociales. Por ejemplo, bajo un titular de fuerte contenido nacionalista: "El 'tout Mexique' en el desfile de modas de Neiman Marcus", se nos notifica que este evento social tuvo por objeto recabar fondos destinados a la Asociación Cultural de Ayuda al Indígena de Oaxaca. Con dicho propósito, durante la cena "se rifaron valiosos objetos donados por importantes firmas comerciales. Diecinueve fueron en total, figurando como premio principal una figura de Stubens Glass en forma de unicornio de oro de 18 kilates, obsequio de Neiman and Marcus y un collar de oro de 18 kilates hecho a mano, obsequio de Paul Flato". ¡Qué reconfortante muestra de altruismo, ¿no? !).

Ese es el derroche que promueve ánimos delincuentes. Por supuesto, decirlo no entraña justificación alguna de las conductas ilícitas. Equivale, sí, a señalar uno de los caldos de cultivo de comportamientos antisociales: la ostentación agresiva de la riqueza es una invitación a que quienes no pueden hacer lo mismo busquen la abundancia a cualquier precio, sin reparar en los medios, sin medir las consecuencias.

La propensión al gasto superfluo, propia de una sociedad donde ciertos sectores fueron promovidos hacia posiciones superiores por el modelo de desarrollo que privilegió a unos cuantos no es,

por desgracia, visible sólo entre los grandes especuladores, entre los dueños del dinero. En un régimen republicano es hiriente que un funcionario público, como el director de policía y tránsito del Distrito Federal sea propietario de un peculiarísimo automóvil marca Rolls Royce, de los que según los entendidos no hay más que 17 en todo el país...

Si el despido de la nueva clase mexicana no ha sido frenado por la crisis, que mata de hambre a los pobres, hay que imaginar con espanto los niveles a que llegará el derroche si las expectativas petroleras que cotidianamente se nos aparecen reforzadas efectivamente se cumplen. De allí que resulte natural y obligado vincular el desperdicio con el petróleo.

Los hallazgos de nuevos yacimientos parecieran una muestra de predilección providencial si no hacia todos los mexicanos, sí por lo menos al señor Díaz Serrano. Cada vez que la política de comercialización petrolera sufre algún tropiezo, el descubrimiento de nuevos depósitos aparece como una carta supletoria de triunfo. Por ejemplo, si bien argüimos, con la lógica de la zorra ante las uvas inalcanzables, que no nos proponíamos sólo vender petróleo a los japoneses, no se concretaron las ventas masivas para después de 1980 que parecía necesario colocar. En contraste, una semana después del regreso del viaje a Oriente, el director de Pemex pudo anunciar la localización de riquísimos mantos en los límites de Tamaulipas y Veracruz.

(Habría que reparar un momento en lo que parece un manejo meramente publicitario del monto de nuestras reservas. Al hablar de ese yacimiento en la región de Chicontepec, Díaz Serrano pareció referirse a una zona recién localizada. Y sin embargo, no modificó, a la luz de las existencias en ese campo, las cifras sobre las reservas dadas a conocer por el presidente López Portillo en su segundo informe, referidas a las probadas hasta el 31 de julio, que fue el mismo parámetro que ahora usó el director de Pemex).

Aceptemos, sin embargo, que el petróleo es de a-de veras, y no de saliva, y que allí vamos a encontrar nuestra prosperidad y a fincar las bases de nuestra felicidad futura. La abundancia no será una bendición por sí misma si no acertamos a dar con las pautas más adecuadas para su encauzamiento. Refrenar las incitaciones al consumismo rampante en todos los medios tendría que contar entre los elementos de una política global que se propusiera impedir que el petróleo se convierta en vez de un maná milagroso en un poderoso corrosivo de nuestra sociedad.

Ya en Tabasco estamos asistiendo a la dramática paradoja del empobrecimiento que en todos los órdenes causa la riqueza petrolera. Aunque las averiguaciones judiciales probaran sin lugar a dudas que la tragedia del 1º de noviembre por el incendio en un gasoducto fue estrictamente hablando un accidente, las circunstancias que provocaron la muerte de medio centenar de personas no son fortuitas: los miserables que murieron habían sido convocados por su penuria a untar su pobreza al gran tubo que, símbolo de la opulencia que nos espera, a ellos les daba apenas para malcomer, en medio del peligro constante que al final se concretó.

En Venezuela, donde la vigencia de estructuras formalmente democráticas es innegable, ha cobrado carta de naturalización el reproche, al petróleo, de haber creado un Estado rico y una sociedad pobre. En los países árabes, singularmente Arabia Saudita e Irán, el petróleo ha subrayado las abismales diferencias entre los parias que forman la mayoría y el puñado de jeques y sus servidores beneficiarios de la explotación aceitera. A las puertas mismas de la anunciada prosperidad, tal vez estemos aún a tiempo de impedir que el petróleo acabe por envenenarnos.

El combate al derroche puede y debe (Sigue en la página 105)